



MARIO ESCOBAR

SERIE APOCALIPSIS / III

El falso profeta

se

Lectulandia

La destitución del arzobispo de Boston parece constituir un nuevo caso de escándalo al interior de la Iglesia Católica. Debido a procesos de pederastia, el arzobispo se pone en contacto con la jefa de Priscila para solicitar ayuda. La criminóloga descubre que varios sacerdotes han muerto en extrañas circunstancias. El anciano religioso sospecha que el nuevo arzobispo de la diócesis podría estar involucrado detrás de esas muertes. Se trata de un enigmático joven de ascendencia judía, convertido al catolicismo, y que parece poseer ciertos dones sobrenaturales. Cuando Priscila llega sola a Boston se da cuenta que el nuevo arzobispo es un individuo con gran poder de persuasión, y que dentro del seno de la Iglesia Católica se desata una feroz lucha entre las fuerzas del bien y del mal. Ray, quien llega después para apoyar a su compañera, ayuda a develar lo que se oculta detrás de este misterioso caso.

**Lectulandia**

Mario Escobar

# **El falso profeta**

**Apocalipsis-3**

ePub r1.0

fenikz 19.08.16

Mario Escobar, 2012

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prólogo



EL órgano de la catedral de Boston sonó con fuerza mientras el exarzobispo John William salía por la puerta principal. Aquella había sido su última ceremonia oficial, aunque un sacerdote nunca dejaba de serlo por completo. Una lluvia fina comenzó a caer sobre el rostro del exarzobispo y uno de los acólitos sacó un paraguas negro para protegerle. El auto le esperaba en la puerta, ya no tendría que vivir en el palacio episcopal ni rodeado de extraños. William se dio la vuelta para observar por última vez la gran mole de piedra de la fachada principal y la maciza torre al estilo normando que presidía el edificio, cuando notó que las piernas le flaqueaban. Uno de los presbíteros le sujetó y William le dio las gracias, mientras se introducía en el Mercedes-Benz. Apenas el auto había comenzado a moverse cuando un gran impacto hizo estallar el parabrisas. William se tumbó instintivamente en la parte trasera del vehículo. En sus primeros años como obispo en Irlanda del Norte había visto la violencia desatada por el IRA y los paramilitares, por eso no se asustó mucho al sentir el estruendo. Cuando volvió a levantar la vista, pudo contemplar a su chofer con la nariz partida, sangrando copiosamente, y un cuerpo vestido con sotana negra aplastado contra el cristal.

William salió del auto y se acercó hasta el cuerpo. Entre los rasgos ensangrentados reconoció al padre O'reilly, uno de los hombres más santos que el exarzobispo había conocido nunca. El exarzobispo se aproximó a él, todavía respiraba cuando se inclinó para administrarle la extremaunción.

—Excelentísimo señor Arzobispo —dijo el sacerdote en un susurro.

—No habléis, aguantad las fuerzas para cuando llegue la ambulancia —dijo William.

—El diablo ha llegado, como estaba profetizado... —dijo el sacerdote sin aliento.

—Tranquilizaos —le suplicó el exarzobispo mientras le sujetaba la cabeza.

—El demonio está dentro de la Iglesia... —insistió antes de perder el conocimiento.

William se apartó cuando llegaron los servicios de emergencia, a su alrededor se había hecho un gran corrillo de sacerdotes, feligreses y transeúntes. Cuando se miró las manos ensangrentadas, William pensó que aún tenía que hacer su último servicio a la Iglesia, antes de ir a Roma. La lluvia comenzó a caer con fuerza sobre el suelo ensangrentado y dos sacerdotes tomaron al exarzobispo de los brazos y lo sacaron de entre el gentío antes de que los periodistas comenzaran a hacer fotografías.

El exarzobispo caminó confundido hasta la entrada de la catedral. Contempló al fondo la gigantesca cruz de madera y se encomendó a Dios, para que Él le ayudara a vencer el mal de una vez por todas.

# Capítulo 1



NUNCA había estado tan al norte. Siempre se había movido por Florida, Luisiana y Alabama, aunque había pasado unas semanas de entrenamiento en el campamento especial del FBI en Virginia. El otoño había llegado muy rápidamente aquel año, y cuando salió del avión hasta el autobús notó el frío viento del norte helándole los huesos. Nadie la esperaba en la terminal; de hecho, no debería estar allí, cumpliendo la petición de un cura, por muy exarzobispo de Boston se tratara, pero su jefa, Eunice Palmer, le había insistido; a veces la agencia tenía que contentar a algún pez gordo, aunque Priscila no creía que sirviera de nada un viaje tan largo para investigar un par de suicidios.

La joven tomó un taxi a las puertas del aeropuerto y se dirigió directamente a la residencia del exarzobispo. Era algo molesto llevar la pequeña maleta de mano, pero había decidido regresar aquella misma tarde después de escuchar lo que el religioso quisiera contarle. Mientras el taxi recorría las calles de la ciudad, la mente de Priscila no dejaba de darle vueltas a la misteriosa petición del exarzobispo John William. El FBI únicamente intervenía en casos de terrorismo, asesinatos que preocuparan a la opinión pública por su magnitud o crueldad y seguridad nacional, pero lo que el sacerdote les había enviado eran dos simples suicidios. El padre Michel Hartzenbusch, uno de los presbíteros de la catedral de Boston y el joven sacerdote Martín Hernández, un salvadoreño que llevaba un par de meses en la diócesis. Ambos sacerdotes eran colaboradores directos del exarzobispo y él negaba por activa y por pasiva que sus muertes estuvieran provocadas por un suicidio.

El padre Michel, un sacerdote austriaco de unos cincuenta y cinco años, había muerto en misteriosas circunstancias, pero todo apuntaba a que se trataba de un suicidio. Le habían encontrado en un viejo motel a las afueras de la ciudad, y su cuerpo desnudo sobre una cama andrajosa no presentaba señales de violencia. La causa de la muerte había sido paro cardíaco; según el forense, algo o alguien le había asustado tanto, que eso le había causado una parada cardíaca. Una semana más tarde,

precisamente en la ceremonia de despedida del exarzobispo, el padre Martín Hernández se había arrojado desde la torre de la catedral, cayendo sobre el auto del exarzobispo y muriendo en el acto. Todo apuntaba a un suicidio, algo no muy común entre sacerdotes, pero sin duda totalmente normal.

El taxi se detuvo frente a la lujosa casa de John William, en la calle Massachusetts, cerca del Boston Public Garden. Priscila se quedó unos segundos observando la escalinata que ascendía un par de metros hasta una elegante puerta de color verde con un gran llamador dorado en su centro. Por unos instantes le recordó a las viejas mansiones victorianas de Londres, aunque ella nunca había viajado a Europa.

Priscila arrastró su maleta negra escalera arriba y después se arrepintió de haberla llevado. A pesar de estar segura de que no pasaría ni una noche en la ciudad, la pequeña maleta tenía dos trajes, un par de pantalones, dos pares de zapatos, una chaqueta y otras muchas cosas.

La agente llamó al timbre y no tuvo que esperar mucho antes de que un mayordomo saliera a recibirla.

—Por favor, soy la agente del FBI Priscila Serrano, su Excelencia me está esperando —dijo la joven.

El mayordomo la miró de arriba abajo; Priscila vestía un impecable traje negro de chaqueta, una falda corta con medias negras y una chaqueta blanca con capucha. Su cabello negro le caía hasta la espalda, pero en aquella ocasión había preferido hacerse una coleta, que dejaba al descubierto su frente morena y hacía que resaltaran sus grandes ojos verdes.

—Pase, por favor —dijo el mayordomo.

Caminaron por una larga alfombra hasta una puerta lateral, después el mayordomo le pidió que se sentara en la biblioteca mientras él avisaba al exarzobispo. La biblioteca estaba compuesta por estanterías de madera blancas, algunos sillones tapizados estilo Luis XVI, varias mesas auxiliares y algunos objetos de diferentes países. Parecía más una casa de diseño de las que salían en las revistas de decoración que la casa de un sacerdote jubilado.

Un hombre delgado, vestido con una sotana negra sencilla entró en la sala y se dirigió directamente a la joven. Priscila no se levantó de la butaca, el arzobispo se sentó en una cercana y sin dejar de sonreír le preguntó si deseaba tomar algo.

—Un poco de agua, por favor —dijo Priscila al hombre.

El mayordomo le sirvió un poco de agua en una copa de cristal y después le puso un té al exarzobispo.

—Robert, puede dejarnos solos. Si le necesitamos, le llamaremos —dijo el exarzobispo.

El mayordomo abandonó la sala y cerró la doble puerta corrediza. El exarzobispo tardó unos segundos en hablar, como si necesitara unos momentos para poner en claro sus ideas.

—Lamento haberla importunado, dos o tres horas de viaje no son agradables. Imagino que están desbordados de trabajo, pero sinceramente creo que este caso es más importante de lo que puede parecer a simple vista —dijo el exarzobispo.

—Le entiendo, Excelencia, pero en Boston hay una policía excelente, que seguro dará con los culpables si, como usted piensa, la muerte de los dos sacerdotes no tuvo nada que ver con un intento de suicidio —dijo la joven.

—No dudo de la eficacia de la policía, señorita, pero quería que se ocuparan del caso los mejores —comentó el exarzobispo.

—Naturalmente, pero el FBI no actúa en todos los casos de asesinato. Además, mi departamento en concreto se ocupa de casos relacionados con macabros rituales religiosos —dijo Priscila.

El anciano la miró por unos instantes; sus ojos azules desgastados por la vida aún guardaban la suficiente fuerza para atrapar a quienes le rodeaban.

—Me hago cargo, pero le aseguro que con los datos que le voy a facilitar, estará de acuerdo conmigo en que este caso es mucho más que un par de suicidios desafortunados —dijo el exarzobispo.

—¿Por qué no los mandó por correo electrónico? —preguntó la joven.

—¿Le importa si salimos al jardín? —preguntó el anciano.

—Como quiera.

El exarzobispo corrió unas cortinas. Abrió con llave una puerta e invitó a Priscila a salir. La agente se quedó deslumbrada ante el hermoso jardín estilo japonés. Bajaron las escalinatas y caminaron por un camino de grava hasta un pequeño banco situado en mitad del jardín, al lado de un pequeño riachuelo que terminaba en un estanque artificial.

—Estuve una década en la archidiócesis de Kioto —comentó el hombre.

—Muy bonito —dijo Priscila.

—Le he pedido que salgamos porque temo que haya micrófonos en la casa. Los servicios secretos de Roma tienen tentáculos que llegan a todas las partes del mundo.

Priscila le miró sorprendida.

—No me malinterprete. Creo que la Iglesia debe vigilar a sus hombres, y más con los malos tiempos que corren —dijo el hombre.

La agente había investigado la vida del exarzobispo. No era común que los altos cargos eclesiásticos se jubilaran, pero en el caso de John William, se había visto obligado a hacerlo. En los últimos años, varios escándalos de pederastia habían salpicado a la Iglesia Católica en Estados Unidos, pero lo más grave para la mayoría de la opinión pública había sido descubrir que la Iglesia había ocultado cientos de casos de abusos a niños durante décadas.

—Le entiendo —dijo Priscila.

—Tenga —dijo el hombre dándole un *pendrive*.

—¿Qué es esto? —preguntó la joven.

—La prueba irrefutable de que aquellos sacerdotes no se suicidaron, fueron

víctimas de una conspiración —comentó el exarzobispo.

—¿Una conspiración? —preguntó la joven.

El exarzobispo miró a un lado y al otro antes de responder a la pregunta de Priscila.

—Sí, desde hace unos años alguien está moviendo los hilos dentro del Vaticano para que ciertas personas ocupen los cargos clave. Para ello han usado toda la información disponible en los Archivos Secretos —dijo el exarzobispo.

—¿Usted cree que un grupo de miembros de la Iglesia Católica utiliza información secreta para deshacerse de ciertas personas molestas? —preguntó Priscila.

—Exacto. ¿Cree que en apenas unos pocos años han salido todos los casos de pederastia a la vez? Alguien quería echar sobre todo a arzobispos y obispos de sus diócesis para que otros ocuparan sus puestos. En la década de los noventa se denunciaron los primeros casos oficialmente, pero en 2004 ya se había implicado a 5000 sacerdotes únicamente en Estados Unidos —dijo el exarzobispo.

Priscila frunció el ceño; aquel hombre estaba intentando justificar los hechos abominables de los pederastas.

—La Iglesia tuvo una actuación criminal al ocultar y proteger a esos criminales —dijo la joven indignada.

—No estoy defendiendo a esa gente —comentó el exarzobispo—, lo que quiero explicarle es que todos los casos salieron a la vez, como si alguien quisiera filtrarlos, y además únicamente en algunos países, precisamente en los lugares donde había un miembro de la jerarquía molesto al que se deseaba eliminar —comentó el exarzobispo.

—¿Cree qué se usó ese secreto para cambiar a miembros de la jerarquía? —preguntó Priscila.

—Exacto. En nuestro país han dejado sus puestos decenas de obispos y arzobispos, y lo mismo ha sucedido en Irlanda, Argentina, Colombia y otros muchos países. No me siento orgulloso de haber ocultado a personas capaces de cometer delitos como ese, pero hace veinte años teníamos órdenes directas del Vaticano de ocultar todo tipo de escándalos —dijo el exarzobispo.

—Pero si eran gente peligrosa, ¿por qué no se les entregó a la justicia secular y se les echó de la Iglesia? —preguntó Priscila.

—Desde 1395 se puede expulsar a los sacerdotes que hayan cometido algún tipo de abuso a menores de edad, pero desde el Vaticano se ocultaban la mayoría de los casos y simplemente se imponía unos meses de disciplina al culpable. En mi diócesis se indemnizó a 88 personas hace unos años, pero en la actualidad se denunciaron nuevos casos y desde Roma pidieron mi dimisión, aunque yo comencé a ejercer mi cargo después de que se produjeran los hechos —dijo el exarzobispo.

Priscila no salía de su asombro. Al parecer, alguien estaba usando un asunto tan sucio como aquel para colocar a sus candidatos en los puestos clave.

—Pero ¿qué consigue ese grupo con todo esto? —preguntó Priscila.

—La mayoría de los que hemos sido expulsados somos también cardenales...

—¿Y?

—Nosotros somos los que elegimos al Papa —dijo muy serio el exarzobispo.

Los ojos de la agente se abrieron como platos. No sabía muy bien cómo funcionaba la Iglesia Católica pero, sin duda, los que elegían al Papa estaban en el escalafón más alto.

—¿Cuántos miembros de la Iglesia Católica eligen al Papa?

—Hay 184 cardenales, y de ellos 120 eligen al Papa. Si se logra poner a tu favor al menos a 70, conseguirás el Papa que quieras —dijo el exarzobispo.

—¿Cuántos cardenales han sido cambiados o depuestos en los últimos veinte años? —preguntó la joven.

—Que yo sepa, más o menos 68 cardenales han perdido su capacidad para elegir al nuevo Papa.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con los suicidios de dos sacerdotes? —preguntó Priscila.

—Lea el informe y mañana seguiremos hablando —dijo el exarzobispo poniéndose en pie.

Las sombras habían cubierto en parte el jardín de la casa. El frescor de la tarde se había convertido en verdadero frío. Cuando la agente se puso en pie, notó que sus pies estaban completamente congelados, pero los descubrimientos del sacerdote le habían dejado boquiabierto durante un buen rato. Todavía no entendía qué podía hacer ella en un caso como ese. No había un asesino, tampoco víctimas claras, únicamente las ideas un poco paranoicas del exarzobispo, pero Priscila había decidido quedarse aquella noche en la ciudad y volver a hablar al día siguiente con John William. No tenía nada que perder, pero si era cierto lo que decía el exarzobispo, podía tratarse del caso de su vida.

## Capítulo 2



LAS habitaciones de hotel no eran su sitio preferido. Si unos meses antes le hubieran dicho que un agente del FBI se pasaba más tiempo de un lado para el otro que un vendedor, no se lo hubiera creído, pero la realidad era que cenar sola y acostarse sin ver o hablar con nadie conocido comenzaba a convertirse en una costumbre.

Priscila decidió subir al gimnasio del hotel e intentar agotarse un poco antes de bajar a cenar e irse a dormir. Se puso su chándal, unas deportivas y subió hasta la última planta. Le sorprendió no ver a nadie dentro, a pesar de que el recinto estaba muy bien equipado, pero no culpaba a los pobres vendedores que tenían que cerrar algunos de sus negocios en bares y lo último que querían era ir a sudar a aquel sitio.

Priscila se decidió por la cinta para correr, se puso música en el iPhone y comenzó a correr a toda velocidad. Las vistas desde aquel lugar eran impresionantes; se veían los grandes rascacielos de la ciudad y uno tenía la sensación de que podía tocar el techo del mundo con las manos, pensó mientras la música y el cansancio comenzaban a relajar su mente.

No llevaba ni quince minutos cuando escuchó la puerta, y alguien entró y se puso a cierta distancia de ella. Priscila se palpó instintivamente el costado, pero no había subido su arma al gimnasio. Un agente nunca debía separarse de su pistola, pero ella no dejaba de ser casi una novata, con apenas siete meses de servicio en el cuerpo.

El hombre se aproximó y se puso en un aparato de pesas; ella intentó pensar en otra cosa. No creía que nadie la estuviera vigilando, aunque si era cierto lo que le había contado el exarzobispo, había gente muy poderosa implicada en aquel asunto que no dudaría en quitarse de en medio a una agente molesta. Afortunadamente, lo que sí llevaba encima era el *pendrive* del sacerdote.

Priscila se bajó de la cinta y se dirigió hasta la salida. Intentó observar el rostro del hombre, pero estaba de espaldas, vestido con un chándal negro y una especie de gorro que le tapaba en parte la cara. Cuando salió al pasillo aceleró el paso y esperó impaciente el elevador. Una vez en su planta, miró un par de veces a su espalda para

asegurarse de que nadie la seguía. Entró en la habitación, y echó una ojeada por encima. Alguien había estado allí, pensó mientras buscaba su arma en el armario. Los agentes del FBI eran entrenados para observarlo todo y hacer una especie de fotografías mentales de lo que les rodeaba. A Priscila no le cabía ninguna duda de que alguien había estado hurgando en sus cosas.

Puso el cerrojo de la habitación, se fue a la ducha y tras unos segundos debajo del agua, se vistió. Decidió bajar al comedor; hubiera podido comer algo del minibar, pero prefería estirar un poco las piernas. Esta vez no se olvidó de su arma.

Se sentó en una de las mesas del fondo, con plena visibilidad del salón. Pidió una cena sencilla, compuesta por verdura y un poco de carne. Apenas había comido un par de bocados cuando sonó el teléfono.

—Agente Priscila Serrano.

—Agente Serrano, soy el agente Frank Weiss; el exarzobispo de Boston ha aparecido muerto en su residencia. ¿Puede venir cuanto antes?

—Sí, en veinte minutos estoy allí.

La joven salió del salón a toda prisa, pidió en recepción que le llamaran un taxi y en unos minutos estaba enfrente de la hermosa residencia del exarzobispo, pero la hermosa fachada estilo victoriano ahora brillaba bajo las luces intermitentes de los autos-patrulla de la policía metropolitana de la ciudad de Boston.

## Capítulo 3



FRANK Weiss era un hombre pequeño, de cabello moreno y lentes, vestía una gabardina gris y parecía uno de los descendientes de los judíos que se habían instalado en la ciudad un siglo antes. En cuanto Priscila atravesó el cordón policial, miró a la joven inquisitivamente; tal vez no había muchas agentes del FBI hispanas en Boston, pero la joven se sintió realmente incómoda.

—Agente Serrano, un placer conocerla. Por favor, pase hasta al salón.

La joven entró en el salón, estaba todo despejado; gracias a Dios los agentes del FBI habían mantenido a raya a los policías, para que no llenaran la casa de huellas.

—El exarzobispo murió hacia las ocho de la noche. El mayordomo lo encontró muerto cuando entró en la habitación, al parecer el difunto acostumbraba a tomarse una infusión antes de dormir.

—¿Cuáles son las causas de la muerte?

—Parece un paro cardíaco, pero el rostro del pobre hombre reflejaba verdadero espanto, como si algo le hubiera asustado provocando el paro cardíaco —dijo Weiss.

—Lo mismo que el padre Michel Hartzzenbusch —dijo Priscila.

—Desconozco el caso, al parecer lo estaba investigando la policía de la ciudad —dijo Weiss.

—Sí —comentó Priscila.

—Lo que no entiendo es por qué la vio a usted esta tarde; está fuera de su zona y los dos casos de la diócesis no son precisamente asesinatos muy violentos, ni siquiera creo que se trate de crímenes. Al fin y al cabo, son un suicidio y un ataque cardíaco —dijo Weiss.

—Mi jefa la agente Eunice Palmer me pidió que hablara con el exarzobispo. Al parecer estaba inquieto con la muerte de dos de sus sacerdotes. Eso es todo —dijo Priscila. No quería contarle todo antes de leer la información que tenía en su *pendrive*.

—¿El exarzobispo le entregó algo antes de morir? —preguntó Weiss.

Priscila lo pensó unos segundos, no le gustaba mentir. De hecho, nunca mentía, pero estaba segura de que el agente le pediría el *pendrive* y ella tendría que volverse con las manos vacías. Si lo que el exarzobispo le había contado era verdad, algo muy serio estaba pasando en la archidiócesis de Boston y en el seno de la Iglesia Católica.

—No, simplemente quería charlar —dijo Priscila.

—El nuevo arzobispo está en el piso de arriba. No he podido impedir que entrara, estaba muy enfadado. Me preguntó por usted y quiere verla ahora mismo —dijo el agente Weiss.

Lo cierto era que nadie le había hablado del nuevo arzobispo, pero prefería posponer esa cita, al menos hasta que supiera qué contenía el *pendrive* y quién era el nuevo representante de la archidiócesis. Pero antes de que pudiera encontrar una excusa para escabullirse, el nuevo arzobispo abrió la puerta y se encontró de frente con ella.

—¿Agente Priscila Serrano? —preguntó el arzobispo.

—Sí —contestó confusa Priscila.

—Permítame que me presente, soy Monseñor Lewis —dijo el arzobispo presentándose.

Priscila observó su elegante traje negro; podía haber sido un modelo de revista, con su metro noventa, cuerpo atlético, cabello moreno, ojos marrones y tez clara. Era un hombre muy atractivo y apenas había sobrepasado los cuarenta años.

—Un placer conocerle, Excelentísimo arzobispo —dijo Priscila.

—¿Puede concederme cinco minutos? Sé que es tarde y ha venido de muy lejos, pero necesito que me informe sobre su reunión con el exarzobispo, espero que no le contara nada que pueda comprometer a esta archidiócesis —dijo el arzobispo.

—Lo lamento, pero lo que hablamos es confidencial —dijo Priscila.

—¿Confidencial? Sé que el exarzobispo habló con su jefe en Miami, también que pasaron más de dos horas charlando en ese jardín... —dijo el arzobispo señalando a la parte posterior de la casa.

Priscila se puso con los brazos en jarras. No le gustaba el tono del arzobispo. Seguramente estaba acostumbrado a dar órdenes y a que ninguna mujer le contestara, pero ella no estaba dispuesta a aguantar los malos modales del religioso.

—Hablamos de un asunto privado. No puedo contarle más. Lo lamento —dijo la agente saliendo de la sala. Después se dirigió a la puerta y se marchó.

El viento frío de Boston le golpeó en la cara como una bofetada; Priscila se subió el cuello de la chaqueta y tomó su teléfono. Después marcó el número de su compañero Ray. Uno segundos más tarde, su compañero le contestó con su típico tono sarcástico:

—Hola Priscila, veo que no puedes vivir sin mí.

—Ya sabes que tengo un pésimo gusto con los hombres —bromeó Priscila.

—Tampoco vistes muy bien —dijo Ray.

—Necesito que vengas a Boston mañana por la mañana. Las cosas se han

complicado. Ya mandaré un correo electrónico a la jefa explicándole la situación.

—Ok, salgo a primera hora —dijo Ray.

—Gracias, tengo ganas de que estés aquí. Lo que está pasando aquí es muy gordo, creo que lo más gordo que hemos encontrado nunca.

—Me tienes en ascuas. Nos vemos en doce horas.

—Adiós —dijo Priscila colgando el teléfono. Estaba deseando regresar al hotel y ver lo que contenía el *pendrive*, detuvo un taxi y regresó al hotel.

## Capítulo 4



POR la mañana, después de una noche de insomnio, Priscila se encontraba cansada y confundida. La información del *pendrive* estaba cifrada y no sabía cómo acceder a ella. Aquello añadía una nueva complicación a todo el asunto. Era como andar a ciegas por un campo de minas, únicamente la fortuna podía ayudarte a atravesarlo.

Desayunó copiosamente en el restaurante del hotel, después se dirigió al aeropuerto y alquiló un auto, mientras el avión de Ray aterrizaba. Cuando vio a su compañero saliendo de la puerta automática, sintió que parte de su desasosiego se disipaba.

Ray Charles la miró sonriente y ella se limitó a fruncir los labios y extenderle la mano. Llevaban unos meses juntos y ella nunca pensó que se adaptarían tan bien siendo tan distintos.

—¿Qué tal has pasado la noche? —preguntó Ray.

—Apenas he dormido. El exarzobispo me dio un *pendrive*, pero la información está codificada. ¿Conoces a alguien en la ciudad que sepa de estas cosas? —preguntó Priscila.

—¿Oficial o extraoficial?

—Extraoficial —contestó Priscila.

—¿Tenemos vehículo?

—Sí, la tartana más barata que he encontrado —dijo la agente.

Ray se puso al volante en cuanto vio el pequeño Mazda que su compañera había alquilado. Apenas entraba en el asiento delantero... por algo había estado unos años jugando al fútbol americano.

El agente condujo el auto por la interestatal 90 hasta la calle Everett. Detuvo el auto frente a una pequeña casa de madera de dos plantas, con un pequeño jardín delantero y unos raquíticos árboles frutales.

—Aquí vive un verdadero genio de la informática. Trabajó en la agencia un par de años, pero luego le echaron por insubordinado. Se llama Anthony Boniek —dijo

Ray.

Al poco rato de llamar a la puerta, apareció un tipo pequeño, de cabello largo y rizado, con lentes y la cara llena de granos. Debía de tener más de treinta años, pero seguía teniendo un aire de niño empollón.

—Ray, ¿qué haces en Boston? —preguntó el joven dando un abrazo a su amigo.

—Cosas del trabajo. Necesito que descifres una información codificada —le comentó.

—¿Quién es la morenita? —preguntó Anthony comiéndose a Priscila con los ojos.

—La agente Priscila Serrano, mi compañera. Será mejor que midas tus palabras, o atente a las consecuencias —dijo Ray.

Priscila frunció el ceño y entró en la casa. Por todas partes había trastos viejos, piezas de computadora, figuritas de películas de ciencia ficción y toda clase de cosas extrañas.

Anthony quitó varios libros de unas sillas para que los agentes se pudieran sentar, y después se dirigió a la mesa de comedor, ocupada por tres monitores gigantescos.

—Menudo equipo —dijo Ray.

—Aquí está toda mi fortuna —comentó Anthony.

—¿Cómo te ganas la vida ahora? —preguntó Ray.

—Hago algunas páginas web y otras cosas —dijo Anthony.

—¿Todo legal?

—Casi todo, Ray. Te lo prometo —dijo Anthony.

Priscila le pasó el *pendrive* a Ray, y este a su amigo.

—Tienes que descifrarnos esto —dijo Ray.

—Ok, déjalo sobre la mesa, mañana por la mañana lo tendrás listo.

—No lo has entendido bien. Lo necesitamos ahora mismo. Puede que las vidas de varias personas dependan de ello —dijo Ray.

—Siempre con ese rollo del FBI. Salvando vidas constantemente —dijo Anthony.

El hombre tomó el *pendrive* y lo introdujo en su computadora. Miró el monitor central y después dio un largo silbido.

—¿Qué sucede?

—Es el sistema más complejo que he visto en años. Esto debe de pertenecer a la CIA, al gobierno o a algún pez gordo.

—No andas errado del todo. Pertenece a la Iglesia Católica —dijo Ray.

Anthony le miró extrañado. No entendía qué hacían unos agentes del FBI investigando a la Iglesia Católica.

—No me mires con esa cara. Es una investigación rutinaria, no creo que haya grandes secretos teológicos o religiosos en ese *pendrive* —dijo Ray.

—Nunca se sabe, amigo. El Archivo Vaticano es el más viejo en el mundo que aún sigue activo. ¿Se imaginan? Son casi dos mil años acumulando información —dijo Anthony.

—Nos interesa únicamente lo que puede decir ahí dentro —dijo Priscila.

—Ah, pero si sabe hablar también —bromeó Anthony.

Priscila le enseñó los dientes y el hombre hizo un amago, como si se asustara. Entonces el informático se centró en descifrar los códigos y los dos agentes intentaron matar el tiempo en el cuarto de al lado, mientras Priscila ponía al día de todo lo sucedido a su compañero.

Dos horas más tarde, un grito les sobresaltó.

—¿Qué sucede? —preguntó Ray entrando en la habitación.

—Esto es muy gordo y peligroso. ¿Quién más sabe que ustedes lo tienen? —preguntó Anthony.

—Nadie —dijo Priscila.

Entonces se acercaron al monitor y se quedaron con la boca abierta.

## Capítulo 5



ANTHONY miró sonriente a los dos agentes. Lograr descifrar esos códigos era un verdadero placer para él. La criptografía aplicada a la informática era una de las cosas que más le apasionaban.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Ray.

—No es sencillo, al parecer la Iglesia Católica tiene un buen sistema de protección de datos. El sistema es muy parecido al SHA —dijo Anthony.

—¿Al SHA? —preguntó Priscila.

—Sí, el *Secure Hash Algorithm*. El sistema de cifrado que utiliza el gobierno de Estados Unidos —dijo Anthony.

Ray volvió a mirar atentamente la pantalla. Si no estaba equivocado, aquello era una verdadera bomba, capaz de hacer mucho daño a la Iglesia Católica.

—En el *pendrive* había tres tipos de archivos: los primeros son una lista de diócesis en las que no se han sacado a la luz los casos de pederastia. Si estos datos son ciertos, hablaríamos de miles de casos nuevos en países que hasta ahora no habían denunciado —dijo Anthony.

—Sí, cambiaría los equilibrios de poder en el Vaticano —comentó Priscila.

—En segundo lugar, hay una lista de archivos con informes económicos. Cuentas secretas y desviaciones de dinero para políticos estadounidenses —dijo Anthony.

—Otro gran escándalo —comentó Ray.

—Lo que no entiendo es el tercer archivo. Se trata de citas apocalípticas comparadas con hechos históricos recientes y desastres naturales —dijo Anthony.

Priscila y su compañero se miraron a los ojos. El exarzobispo les había facilitado información muy peligrosa, y tenían que andarse con cuidado.

—Por lo que se deduce de toda esta información, el exarzobispo nos quería demostrar que los casos de pederastia habían sido usados para cambiar cargos dentro de la Iglesia —dijo Priscila.

—Sí, pero ¿por qué nos ha dado esta información a nosotros? ¿Qué tiene esto que

ver con los dos sacerdotes muertos? —preguntó Ray.

—Eso es exactamente lo que tenemos que averiguar —dijo Priscila.

Mientras dejaban la casa de Anthony y se dirigían a su auto, observaron un vehículo negro al fondo de la calle.

—¿Crees que nos siguen? —preguntó Priscila.

—Sí. Quieren recuperar la información. Si esto sale a la luz, sería la ruina para la Iglesia Católica en varias décadas —comentó Ray.

—Por desgracia, una manzana podrida hace que se pudra todo el cesto —dijo Priscila.

—El caso es averiguar cuáles son las manzanas podridas —comentó Ray introduciéndose en el auto.

—Aunque ahora lo más importante es evitar que maten a otra persona —dijo Priscila.

—Espero que lleguemos a tiempo —dijo Ray, mientras echaba un nuevo vistazo al auto negro. Quería memorizar su aspecto para comprobar si realmente les seguía.

Apenas habían avanzado con el vehículo, cuando Priscila recibió un mensaje de texto en su móvil: «*La espero dentro de dos horas en Saint Stephen en el 364 de la calle Hanover*».

## Capítulo 6



PRISCILA y Ray comieron algo rápido por el camino y se dirigieron a la iglesia de Saint Stephen. Las hermosas calles de edificios de ladrillos rojos parecían sacadas de una estampa londinense, como si el corazón de la vieja Europa aún vagara por las tierras de América. Mientras Priscila viajaba en el asiento del copiloto, no dejaba de pensar cómo debieron ser aquellos años de construcción de la nación.

—Aquí comenzó la revolución americana —dijo Priscila.

—Sí, en el puerto. Realmente es una ciudad fascinante —comentó Ray.

—¿Qué piensas sobre lo que hemos descubierto? —preguntó Priscila.

—Me pregunto si será verdad todo lo que te contó el exarzobispo, puede que únicamente estuviera tejiendo una venganza contra sus enemigos dentro de la Iglesia —dijo Ray.

—Lo sabremos muy pronto. Esa es la iglesia —comentó Priscila señalando un hermoso edificio de ladrillo rojo, con una gran puerta de madera de color blanco.

Aparcaron el auto y entraron por una de las calles laterales. Las ventanas blancas con sus pequeños cristales cuadrados le recordaron a Priscila una vieja estampa navideña. Llamaron a la puerta y les recibió un joven sacerdote de aspecto hindú.

—¿En qué puedo ayudarles?

Los dos agentes se quedaron dudando unos segundos. La persona que les había enviado el mensaje no les había dicho su nombre. De repente, la puerta se abrió aun más y apareció un hombre de cabello blanco, que debía rondar los sesenta y cinco años, de piel rojiza y una gran nariz redonda.

—Padre Matthew, han venido a verme —dijo el sacerdote. El joven se apartó de la puerta y los dos agentes estaban a punto de entrar, cuando el sacerdote les hizo un gesto con la mano—. Hay una cafetería muy cerca de aquí. Allí estaremos más cómodos.

El sacerdote vestía sotana negra y una chaqueta de lana gris. Caminaron por las calles en silencio, hasta llegar a un café.

—Por favor, pasen. Lamento tanto misterio, pero estamos luchando contra fuerzas muy poderosas —dijo el sacerdote.

El salón estaba vacío a aquellas horas de la mañana, pero el sacerdote escogió la mesa más alejada y discreta del local. Después de pedir algo para beber, el anciano se inclinó y les dijo en un tono de voz suave:

—Soy el padre Philip; llevo sirviendo a Dios en esta archidiócesis más de veinte años, pero les aseguro que nunca he visto cosas como las que están sucediendo últimamente.

—¿A qué se refiere? ¿A la muerte de los dos sacerdotes y el exarzobispo? —preguntó Priscila.

—Ante todo, gracias por acudir a una llamada tan misteriosa. John me comentó que había hablado con usted, puede que los dos fuéramos los últimos en hablar con él antes de su muerte —dijo el padre Philip.

—Lo que me dijo es muy grave —dijo Priscila.

—Ya lo sé. Me comentó que les pasaría toda la información. Espero que la utilicen sabiamente —comentó Philip entornando los ojos.

La camarera llegó con las bebidas. El sacerdote bebió media cerveza de un trago, como si la tensión de la reunión le estuviera secando la garganta.

—John tenía temor de que las cosas se complicaran. Imaginen lo que sucederá ahora. Tres sacerdotes católicos muertos, todo el escándalo de pedofilia de los últimos años. El catolicismo norteamericano está muy tocado, creo que Dios nos está queriendo advertir de algo. El mal anda suelto y no parará hasta que vea cumplidos sus propósitos —dijo el sacerdote Philip, bajando la voz.

No era la primera vez que Priscila escuchaba eso en los últimos meses. Todos los casos que habían resuelto, como el del asesino de pastores en Miami o el del secuestrador de vírgenes en Nueva Orleans, parecían responder al mismo patrón.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ray, cansado de acertijos.

—Todo empezó hace un par de años. Un joven llamado Samuel Lewis, sacerdote en Revere, comenzó a manifestar ciertas señales sobrenaturales —dijo el padre Philip.

—¿Señales sobrenaturales? —preguntó Ray extrañado.

—Sí, Samuel era un joven judío, hijo de una de las familias más influyentes de la ciudad; sus padres eran dueños de una naviera, pero sin explicación, Samuel se convirtió al catolicismo a los veinte años. Después de estudiar en el seminario se hizo sacerdote, ejerciendo en varias parroquias de Maryland; cuando regresó a Massachusetts comenzaron los milagros. El Papa pidió al arzobispo que propusiera a Samuel como obispo auxiliar, y entonces el avisado santo quitó de en medio al arzobispo, aireando muchos casos de pederastia —dijo el sacerdote Philip.

Priscila observó el rostro del sacerdote, intentaba discernir lo que pensaba. No entendía a dónde quería llegar.

—¿Qué tiene que ver todo esto con los asesinatos? —preguntó la agente.

—Paciencia, todo a su tiempo. Cuando hace dos meses Samuel se convirtió en el arzobispo y cardenal más joven del mundo, toda la Iglesia se felicitó. Un converso judío, que hacía milagros, joven y sin tacha, pero John descubrió el sucio plan que había detrás de todo esto. Lo descubrió gracias a la ayuda de dos sacerdotes —dijo el padre Philip.

—El padre Michel Hartzzenbusch y el joven sacerdote Martín Hernández —apuntó Ray.

—Exacto. El padre Michel conocía perfectamente las cuentas de la diócesis y el padre Martín había indagado en la vida de Samuel y su familia —dijo el sacerdote Philip.

Ray se rascó la cabeza. No entendía cómo una institución que debería estar dedicada a Dios, estaba constantemente con aquella lucha de poder. Aunque, por otro lado, el ser humano era ambicioso por naturaleza.

—El padre Michel descubrió grandes cantidades de dinero ingresadas en la cuenta del cardenal Pazzi, uno de los hombres con más poder en Roma. Al parecer, la familia Lewis dio varios millones de dólares al cardenal para que favoreciera la carrera de su hijo.

—No entiendo nada. ¿Por qué una familia judía favorecía la carrera eclesiástica de su hijo? —preguntó Priscila.

—La familia Lewis no es muy común. A pesar de ser judíos, todo el mundo piensa que son ateos porque no han pisado una sinagoga en su vida, pero el padre Martín descubrió que los progenitores de Samuel pertenecieron a una extraña secta de los años sesenta. Se llamaba la Iglesia de Satán —dijo el padre Philip.

—Sí, la he estudiado —comentó Priscila, aunque nunca se le ha relacionado con ningún tipo de delito.

El sacerdote se detuvo unos instantes, después miró por encima de las cabezas de los agentes y cuando se cercioró de que no había nadie, les comentó:

—Creo que el arzobispo Samuel preparó todo esto. La muerte de los dos sacerdotes, de su antecesor, y temo que ahora venga a por mí. Les he llamado porque necesito su protección.

## Capítulo 7



CUANDO entraron por la sede del FBI en Boston, los dos agentes sabían que sufrirían una fuerte reprimenda. No habían actuado en coordinación con la agencia local, les habían ocultado información y no habían avisado de que estarían investigando un caso en la ciudad.

El jefe de la agencia les esperaba en su despacho. Se trataba de Liam Ronan, un joven de treinta y cinco años, con el cabello cortado a cepillo, lentes redondas y cara de estudiante de universidad.

—¿Se puede saber que pretendían? —preguntó Ronan en cuanto entraron en la oficina.

—Lo lamentamos —comentó Ray—, al principio se trataba casi de una visita de cortesía, pero todo se ha ido complicando.

—Su jefe me ha llamado esta mañana pidiendo disculpas, pero estas no son formas de actuar. Nosotros estamos aquí para ayudar, no para entorpecer la investigación. Para colmo, el arzobispo me ha llamado furioso, diciendo que han robado información confidencial y que pedirá sus cabezas al Presidente de Estados Unidos —dijo el jefe.

—Creo que las cosas se han descontrolado. El exarzobispo nos llamó. Sospechaba que la muerte de los sacerdotes no era casual, ahora son tres las víctimas —dijo Priscila.

—Dos ataques cardiacos y un suicidio, no parecen nada peligroso —dijo el jefe.

Priscila miró a Ray; aunque habían hablado sobre hasta qué punto estaban dispuestos a compartir su información con Ronan, sabían que en un descuido podían hablar más de la cuenta.

—El exarzobispo tenía sus sospechas y hay un testigo... —dijo la agente.

—¿Un testigo? No hay caso. Simplemente regresen a casa, devuelvan al arzobispo lo que sea que le diera su antecesor y procuraré calmar las cosas por aquí.

—No es tan sencillo. ¿Qué sucedería si otro sacerdote muriera? —preguntó Ray.

—Asumo la responsabilidad —dijo el jefe.

Priscila frunció el ceño. Ahora estaba segura de que había sido un error involucrar a los agentes de Boston, pero tenía que ganar algo de tiempo, al menos cuarenta y ocho horas.

—Esta tarde iremos a ver al arzobispo y nos disculparemos —dijo Priscila.

—Eso está mejor —contestó Ronan.

—Y mañana por la tarde regresaremos a Boston —dijo Priscila.

—¿Por qué por la tarde? —preguntó Ronan.

—Tenemos que hacer el informe y dárselo a usted, después me gustaría hacer unas compras —dijo Priscila.

El jefe la miró atónito. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Señorita, ¿cree que está con vacaciones pagadas por el estado?

—No señor, pero nos iremos por la tarde, no pagaremos otra noche de hotel e imagino que al contribuyente no le importará que llegue cuatro o cinco horas más tarde a mi casa —dijo Priscila.

—No tengo nada más que hablar con ustedes —dijo Ronan.

Ray y Priscila abandonaron el despacho frustrados. El padre Philip había confiado en ellos, pero no le podían asegurar protección. La muerte de los tres sacerdotes habría sido en vano y un criminal continuaría suelto.

—Tenemos que conseguir que el arzobispo confiese —comentó Priscila.

Eso es imposible.

—Él se imagina lo que tenemos, pero no lo sabe a ciencia cierta. Le entregaremos un archivo falso, con la antigua lista de pederastas. Eso no afectará a nadie, pero intentaremos sacarle la verdad.

—¿Qué sucederá con el padre Philip? —preguntó Ray.

—Eso mismo quería comentarte. Quiero pedirte que te quedes con él. Yo sé cuidar de mí misma —dijo Priscila.

—La última vez que hiciste eso, casi te matan —dijo Ray.

—Tienes razón, casi me matan, pero la realidad es que no lo hicieron —comentó Priscila sonriente.

—Podríamos dejarlo en la casa de Anthony y luego ir a buscarlo —dijo Ray.

—¿Piensas que ese amigo tuyo es de fiar? —preguntó Priscila.

Subieron al auto. Tenían que regresar al hotel para poner algunas cosas en orden, después buscar al padre Philip, y después Priscila iría a visitar al arzobispo.

—Anthony es un buen tipo. Puede que esté algo loco, pero es de fiar. Podemos confiar en él —dijo Ray.

—¿Hasta el punto de dejar en su casa a un testigo protegido? —preguntó Priscila.

Ray hizo un gesto negativo con la cabeza. Quería a su amigo, pero como ex-agente era un verdadero desastre.

—¿Te das cuenta? Este es el primer caso en el que si el asesino deja de matar, no tendremos pruebas ni para desmontar que ha habido varios crímenes —dijo Priscila.

—Sí, nunca había visto otro igual. Un caso sin caso, sin víctimas y con un sospechoso. Espero que tu visita sirva para algo —comentó Ray.

Priscila se mordió las uñas. No le gustaba la idea de visitar sola a aquel hombre. Ya había tenido un encontronazo con él y creía que era un hombre imprevisible, aunque lo peor de todo era que de alguna manera sabía que de nuevo no estaba enfrentándose a meras fuerzas humanas. El mal se movía a sus anchas en la archidiócesis de Boston y una vez más le tocaba frenarlo.

## Capítulo 8



ANTHONY escuchó un fuerte golpe en la parte trasera de la casa, instintivamente se agachó en su escritorio y agarró una pistola. Llevaba años metiéndose en negocios de dudosa legalidad y sabía que tarde o temprano alguien llegaría a buscarle. Se puso en pie con dificultad, llevaba demasiado tiempo frente a una computadora y sus piernas ya no respondían a estímulos externos. A veces se arrepentía de haber dejado la agencia. En ella tenía una vida emocionante, ganaba lo suficiente para dedicar su dinero al *hobby* de las computadoras, pero no soportaba los horarios estrictos ni la disciplina.

Mientras caminaba hacia el pasillo, no dejaba de pensar en quién al final se había decidido a meterle una bala en la cabeza. Mientras hacía un rápido repaso mental, se dio cuenta de que todas sus conclusiones le llevaban al mismo punto: los archivos que había descifrado para su amigo Ray. En un último acto de heroicidad, y Anthony no era muy dado a ella, se dirigió a la computadora de nuevo y puso en marcha el circuito de video cerrado de la casa; después apretó una tecla y un mensaje de aviso llegó al móvil de su amigo.

Cuando Ray escuchó el pitido en su teléfono, estuvo a punto de no hacer caso. Estaban camino al hotel, tenían prisa por recoger al padre Philip y no terminaba de encajar bien que Priscila fuera sola a hablar con el arzobispo. El agente observó la pantalla del móvil, era un mensaje de Anthony. Apretó el botón y el mensaje le llevó a una aplicación. Unos segundos más tarde estaba viendo la casa de su amigo.

Priscila se detuvo al lado del agente; estaban a las puertas del hotel, pero él parecía hipnotizado con su teléfono.

—Se llaman móviles porque uno puede moverse con ellos —bromeó Priscila, pero su compañero no le hizo caso.

La agente alargó el cuello y miró al pequeño Samsung. Vio lo que parecía una casa por dentro.

—Es la casa de Anthony —le explicó Ray.

—Qué interesante —dijo irónicamente Priscila.

—Algo va mal...

En la pantalla apareció un hombre vestido de negro con toda la cara tapada. Se movía sigilosamente a pesar de ser muy corpulento. Después se dirigió al salón y se quedó agazapado en el umbral.

—¿Este trasto tiene sonido? —preguntó Priscila.

Ray pulsó unos botones y pudieron escuchar el sonido.

—Puedes pasar —dijo Anthony.

La sombra se resistió al principio; sabía que el hombre estaba armado, pero al final se puso en pie y apuntó directamente a Anthony.

—No sé qué te trae a mi casa, pero te aseguro que no tengo dinero, tampoco nada de valor a excepción de este trasto —dijo señalando su computadora.

—¿Dónde está el *pendrive*? —preguntó una voz ronca, amortiguada por el pasamontañas.

—No sé de qué me hablas.

—No te hagas el tonto. Sabemos que acudieron a ti para que descodificaras la información —dijo la sombra.

—Será mejor que te marches. Es cierto que hice un trabajo, pero las personas que tenían la información se fueron con ella y yo no sé nada del asunto —dijo Anthony.

—Gracias —dijo la sombra.

Anthony encogió los hombros. No comprendía por qué aquel hombre le daba las gracias.

—¿Por qué me das las gracias?

—No estábamos seguros de que tuvieran la información. Ahora sabemos dos cosas: que la tenían y que tú te has hecho una copia en esa computadora —dijo la sombra. Después el individuo disparó el arma, pero no salió del cañón ninguna bala.

Anthony se miró el brazo; algo parecido al dardo de una cerbatana estaba clavado en su hombro. Se lo arrancó con facilidad, pero enseguida sintió los efectos. Comenzó a ver alucinaciones. Primero varios monstruos que se aproximaban a él; si no hubiera sido un ateo empedernido, habría pensado que eran demonios.

—¿Qué me has hecho? —preguntó Anthony.

—Simplemente te he abierto la puerta a la cuarta dimensión; muchos no creen en ella, pero esta sustancia te hace ver el mundo invisible de seres espirituales que te rodean. Ellos se encargarán de ti.

—Estás loco —dijo Anthony, pero sus palabras únicamente intentaban tranquilizar su mente. Aquellos seres parecían reales y corpóreos, se aproximaron más a él y Anthony salió de la sala, comenzando a correr por la casa.

Anthony tiraba todo lo que encontraba a su paso. Salió del salón, pasando delante del hombre sin apenas darse cuenta, después comenzó a subir a la segunda planta gritando y agitando los brazos.

Las cámaras le siguieron grabando en la segunda planta. Se dirigió a su

habitación, buscaba algo desesperadamente pero no parecía encontrarlo. Tiró todos los libros de la estantería, después vació los cajones de su mesilla hasta que al final apareció lo que buscaba. No era otra cosa que una vieja Biblia de piel desgastada; el hombre se la puso en el pecho y comenzó a orar en voz alta, pero ya era demasiado tarde. Los demonios le habían rodeado por completo. Sus ojos rojos le miraban y le susurraban cosas terribles al oído. Entonces el corazón de Anthony se paró de repente y todo se volvió silencio.

## Capítulo 9



RAY se frotó la cara con la mano. Priscila le miró sorprendida. Nunca le había visto emocionarse, pero hasta para su compañero era algo muy duro ver morir a un amigo y no poder hacer nada para impedirlo.

—Lo siento, Ray —dijo Priscila pasando una mano por su espalda.

—Al menos ahora sabemos cómo murieron los sacerdotes —dijo el agente.

—Pero ¿cómo no ha salido en la autopsia? —se preguntó Priscila.

—Puede que se tratara de aire comprimido. El gas que desprende no deja rastro —dijo Ray.

—Ya, pero no creo que eso funcione directamente inyectado. Yo creo que se trata de escopolamina, que al parecer no deja rastro en la sangre y produce alucinaciones —dijo Priscila.

Ray miró el reloj, el tiempo se escapaba y tenían que ver al arzobispo. Aunque lo más urgente era poner a salvo al padre Philip.

—Será mejor que vaya cuanto antes a buscar al sacerdote. Imagino que ahora irán a por él —dijo Ray.

—Yo subiré a cambiarme —comentó Priscila.

Una hora más tarde, la joven estaba completamente arreglada. Se había puesto un elegante traje negro, unos zapatos de tacón y un chal. Se había recogido el cabello moreno, dejando al descubierto su nuca. En el cuello llevaba su sencilla cruz de plata.

La agente pidió un taxi hasta la residencia del arzobispo. La antigua mansión en la que vivían los arzobispos había sido vendida para pagar las indemnizaciones a las víctimas de pederastia. Ahora el arzobispo residía en la rectoría de la catedral. Un edificio modesto, pero muy cómodo y amplio. La catedral estaba en una amplia avenida y era completamente de piedra, su estilo gótico contrastaba completamente con los edificios bajos de alrededor.

Cuando Priscila descendió del taxi, subió la escalinata de piedra y llamó al timbre. Un hombre muy grande y musculoso, vestido con un traje que le estaba

pequeño, salió a recibirla. Entraron al edificio en semipenumbra y después ascendieron hasta la segunda planta. El hombre llamó con delicadeza a la primera puerta del pasillo y después abrió. Aquella estancia era un lujoso despacho, decorado con muebles oscuros y con las paredes cubiertas de libros.

—Adelante —dijo el arzobispo desde la mesa del despacho.

—Excelencia —dijo Priscila mientras se sentaba.

—Gracias por acudir a verme —dijo el arzobispo.

—Al contrario, quería disculparme por mi comportamiento de la otra noche. Estaba cansada y nerviosa; sé que no parece muy profesional por mi parte, pero no llevo mucho tiempo como agente —se disculpó Priscila.

—Lo conozco todo de usted. He leído sobre los casos en que ha trabajado y la formación que tiene. La felicito, no siempre casos tan difíciles terminan por resolverse —dijo el arzobispo. El hombre sonrió y dejó que la agente contemplara su perfecta dentadura. El único signo de madurez en su cara añorada eran las canas que comenzaban a cubrir sus sienes.

—Gracias —dijo la agente.

El arzobispo se puso en pie, y se sirvió una copa de vino.

—¿Quiere beber algo?

Priscila no quería ser descortés, pero no se fiaba mucho de las buenas intenciones del arzobispo.

—No, gracias.

—Bueno, seamos claros y directos. Temo que el exarzobispo en un ataque de ira les haya entregado informes confidenciales de esta diócesis —dijo el arzobispo yendo al grano.

—No le negaré que me entregó una información, pero no es muy importante —dijo Priscila entregando un *pendrive* con algunos datos.

El arzobispo no lo tomó de la mesa. Se limitó a mirarla a los ojos. Priscila sintió un escalofrío, como si la simple mirada del hombre pudiera escudriñar en lo más profundo de su alma.

—Espero que esta vez no mienta. Su carrera está en juego; el director del FBI y yo somos grandes amigos. Además, esta semana me reúno con el Presidente. Con una simple palabra podría perder su cargo —dijo el arzobispo.

—Lo entiendo, pero no me dio nada más —comentó Priscila, intentado disimular sus nervios. En la academia le habían enseñado ciertas técnicas de relajación, pero en aquel momento lo único que le funcionó fue hacer una breve oración interior.

—¿De qué hablaron el exarzobispo y usted durante dos horas?

Priscila pensó por unos instantes la respuesta. En la academia le decían que una media verdad es siempre más convincente que una completa mentira. La disimilitud únicamente se consigue aportando algo de veracidad a lo que se quiere comunicar.

—Me habló de su preocupación por la diócesis, además creía que la muerte de los dos sacerdotes no había sido por casualidad —dijo la agente.

—Ese viejo zorro desconfiado. Imagino que me acusó a mí. ¿Sabe? Mucha gente me odia porque para ellos soy un oportunista. Un niño judío rico, encaprichado por ser obispo, pero están equivocados. Recibí el llamado de Dios para cumplir su misión. Ninguno de nosotros puede rechazar su voluntad. Creo que sabe de lo que hablo.

Las palabras del arzobispo le inquietaban, pero al mismo tiempo comenzaban a transmitirle una gran paz.

—Dicen que la fe es una muleta para los débiles, pero no es cierto. Hay que ser muy fuerte para reconocer que hay un ser superior a ti que gobierna el universo —dijo el arzobispo.

Priscila intentó disculpase y salir del despacho, notaba que el influjo de aquel hombre empezaba a dominarla.

—Lo entiendo...

—Todos hemos venido a esta tierra con un propósito. Qué bello es saber eso. Cuando descubrí mi don hace un par de años, no podía ni imaginar hasta qué punto podía beneficiar a la gente. ¿Se imagina? —comentó el arzobispo mirándose las manos—. He logrado que cojos anden, varios ciegos han recuperado la vista, enfermedades incurables curadas por completo. ¿Le parezco un impostor?

—No —dijo Priscila.

—Podría ayudarla a usted, sé que su fe ha flaqueado —dijo el arzobispo poniéndose en pie. Después se puso detrás de la silla de Priscila y puso sus manos sobre los hombros de ella.

—Será mejor que me marche. Mi vuelo sale enseguida —dijo Priscila muy nerviosa.

El arzobispo sonrió, y después bajando el tono de voz le dijo al oído.

—¿Puedo curar a su madre?

—Mi madre no está enferma —dijo la agente.

—No se atrevió a contárselo cuando estuvo en Santo Domingo. Piensa que usted debe seguir con su vida, pero está siguiendo un tratamiento contra el cáncer. ¿No la vio demasiado delgada y demacrada?

—No es cierto —dijo Priscila comenzando a enfadarse.

—Yo no le mentaría en una cosa así, pero usted también se encuentra mal. Ese vacío interior que pretende llenar con su carrera, con el deporte... Pero en el fondo piensa que ningún hombre llegará a amarla, que es demasiado insignificante, que no vale nada. Todo eso es consecuencia del abandono de su padre, pero no se preocupe. Nosotros sabremos valorarla.

Aquel «nosotros» logró sacar a Priscila del trance en el que estaba empezando a caer. Sin duda, aquel hombre sabía alguna técnica de hipnotismo o, aun peor, tenía poderes satánicos con los que dominaba la voluntad de las personas.

—Me marchó —dijo la agente quitando las manos del arzobispo de sus hombros y poniéndose en pie. En un instante, el influjo que él comenzaba a tener sobre ella

desapareció.

—No se marche todavía. Diré a uno de mis ayudantes que le acerque al aeropuerto —dijo el arzobispo.

—Tengo que recoger mi maleta en el hotel —contestó Priscila.

—Recogerán su maleta en el hotel...

—No gracias. Ha sido muy amable —dijo Priscila.

—No se olvide de mi oferta. Hemos nacido para ser felices, simplemente a veces nos encontramos en el lado equivocado —dijo el arzobispo.

—Lo tendré en cuenta.

Priscila comenzó a sentir una fuerte opresión en el pecho, como si alguien la estuviera ahogando. Eso mismo había sentido años antes en su habitación, en casa de su tía. Cuando se lo contó a su pastor, le habló de opresiones diabólicas, aunque nunca más volvió a sentir nada parecido.

El arzobispo le abrió la puerta. Allí estaba el asistente. Acompañó a la agente hasta la salida, y cuando Priscila sintió en la piel el frescor de la noche bostoniana, dio gracias por sentirse de nuevo libre y a salvo.

## Capítulo 10

CUANDO Priscila llegó a su hotel estaba más confusa que una hora antes. Aquel arzobispo tenía un influjo poderoso sobre la gente, pero al mismo tiempo le producía verdadero temor. Lo que más le inquietaba era que tuviera razón con respecto a su madre. Por eso, mientras entraba en el vestíbulo de su hotel llamó a su tía Clarisa. No quería preguntar directamente a su madre. El teléfono dio cuatro tonos antes de que respondieran.

—Mi niña, cuánto tiempo sin hablar contigo. Me tienes abandonada. ¿Dónde te encuentras? Quiero que sepas que oro cada noche por ti, espero que tú también lo estés haciendo. Ya sabes que la oración del justo puede mucho.

—Tía...

—¿Ha pasado algo? Tu madre disfrutó mucho de tu visita. Está tan sola allí.

—Quería hablarte de ella. ¿Está bien?

Se produjo un largo silencio.

—Sí, claro —dijo su tía.

—¿Me dices la verdad? Prefiero saber la verdad —dijo Priscila.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Ella no habló contigo?

—No, la vi algo cansada pero imaginé que era por el trabajo —dijo Priscila.

—Está enferma, muy enferma. Tiene cáncer, pero no te asustes, está recibiendo un buen tratamiento. Yo le envíé algo de dinero de mi pensión, no es mucho, pero al cambio le cunde más —dijo su tía.

—¿Desde cuándo está enferma? —preguntó Priscila.

—Unos seis meses —dijo Clarisa.

—Gracias tía, ya te llamaré, estoy en medio de un caso —comentó la agente.

—Ten cuidado, últimamente me levanto a media noche a orar por ti. Es como si Dios me advirtiera de que estás en peligro, pero tú también tienes que orar. Vienen malos tiempos y debemos estar preparados —dijo Clarisa.

—Gracias tía, te dejo.

Mientras Priscila subía a la habitación de Ray, no podía dejar de pensar en las palabras del arzobispo. ¿Cómo sabía él que su madre estaba enferma? ¿Podría sanarla? Ella sabía que en la Biblia se hablaba de dones de sanidades, pero aquel hombre no le parecía un hombre de Dios. Aunque por fuera su aspecto era impecable y era considerado un príncipe de la Iglesia, a veces el mal se parece tanto al bien que se hace muy difícil distinguir entre ambos.

## Capítulo 11



CUANDO Ray abrió la puerta de la habitación, el padre Philip se apretujó en la silla del escritorio, como si temiera ver aparecer un demonio por la entrada. Cuando comprobó que era la agente, respiró aliviado.

—Estaba rezando por usted. Hubo un momento en que noté una gran presión sobre su vida, pero afortunadamente, Dios es más poderoso que esos demonios —dijo el sacerdote.

—¿Qué tal te fue? ¿El arzobispo se ha creído lo que le contaste? —preguntó Ray ignorando las palabras del sacerdote.

—Al parecer sí, aunque hubo un par de momentos que pensé que no saldría viva de allí —dijo Priscila.

—¿Por qué? No creo que se hubiera arriesgado a retenerte o hacerte algo malo —dijo Ray.

—Ese hombre tiene algún tipo de poder sobrenatural o al menos sabe hipnotizar a la gente —dijo Priscila.

—A una chica tan impresionable como tú, no es difícil convencerla de algo —bromeó Ray.

El sacerdote se puso en pie y muy serio se dirigió a Ray.

—Usted se toma todo esto a broma, pero no es ninguna broma. El final de los tiempos se acerca, hay muchas señales que lo corroboran —dijo el sacerdote enfadado.

Priscila encendió la computadora y la puso sobre la mesa del escritorio. Buscó los archivos del exarzobispo y se los mostró al sacerdote.

—¿Podría explicarnos qué quieren decir estos archivos sobre la Biblia?

—Son algunas de las señales de que el tiempo del fin se acerca —dijo el sacerdote.

—Nadie puede saber cuándo será el fin del mundo. Eso es lo que me enseñaron en la iglesia donde me crie —comentó Priscila.

—Tiene razón, pero sí hay unas señales que preceden al fin. Sobre todo las que Jesús mismo anunció en el Evangelio de Mateo capítulo 24, versículos del 3 al 51. — Entonces comenzó a leer el sacerdote:

*Y estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: dínos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?*

*Respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe.*

*Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán. Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores. Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que perseverare hasta el fin, este será salvo. Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin. Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes.*

*El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo; porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados.*

*Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. Ya os lo he dicho antes. Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre. Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas. E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas.*

*Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre*

*las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro. De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas.*

*De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca.*

*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino solo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre.*

*Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra será dejada. Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa.*

*Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis.*

*¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo?*

*Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá. Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comencare a golpear a sus conservos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en día que este no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes.*

Ray miró de soslayo al sacerdote y después, con su habitual sarcasmo, le dijo:

—No he entendido casi nada. ¿Qué señales están sucediendo para que usted crea que se aproxima el fin de los tiempos?

El padre Philip frunció el ceño. Para él estaba tan claro que apenas merecía una explicación.

—Ya lo ha escuchado: pestes, guerras, persecución a los cristianos, terremotos y falsos profetas. Todo eso abunda en la actualidad —dijo el sacerdote.

—En cierto sentido, siempre ha habido esas cosas —dijo Priscila.

—Sí, es cierto, pero nunca en la cantidad y gravedad actuales. Las últimas grandes epidemias del siglo XXI, los desastres naturales cada vez más numerosos y la señal más clara, la apostasía de la Iglesia —dijo el sacerdote.

—¿Qué es apostasía? —preguntó Ray—. Disculpe mi ignorancia.

—Apostasía es abandono, desviación, negación o renuncia a unas creencias —

dijo el padre Philip.

—Yo he leído antes este texto, también lo he estudiado en parte. La destrucción del templo de Jerusalén se produjo en el año 70, por eso parte de la profecía ya está cumplida y muchos afirman que habla sobre la destrucción de la ciudad y la dispersión del pueblo judío —dijo Priscila.

—Tiene razón, pero también nos habla de siete señales que sucederán antes del fin del mundo y el retorno del Mesías. Esas señales no se han cumplido plenamente, pero están a punto de hacerlo —comentó el sacerdote.

—¿Qué señales? —preguntó Ray.

—Las siete señales son: lo que acontecerá a Israel, las guerras y rumores de guerras, los terremotos, el estado político del mundo, la búsqueda de la paz, la decadencia religiosa y los viajes y avances humanos —explicó el sacerdote.

Ray nunca había escuchado nada de ese tema; para las personas poco religiosas como él, aquello era casi una novela de ciencia ficción.

—¿Puede especificar más? —le pidió Priscila.

—Sí: las profecías sobre Israel se han cumplido todas menos la reconstrucción del templo, aunque los planos y el material ya están guardados, a la espera de expulsar a los musulmanes de la zona, destruir su mezquita y reconstruir el templo. Los rumores de guerra en la actualidad son muy numerosos, no hay año en el que no nos veamos involucrados en una. Los terremotos se han multiplicado en los últimos años y, por ellos, junto a los maremotos han muerto cientos de miles de personas. Cada vez se pide más un gobierno mundial, sobre todo debido a las crisis económicas cíclicas que no terminamos de superar. Lo más terrible es que el propio Vaticano aboga en su documento «POR UNA REFORMA DEL SISTEMA FINANCIERO Y MONETARIO INTERNACIONAL EN LA PERSPECTIVA DE UNA AUTORIDAD PÚBLICA CON COMPETENCIA UNIVERSAL» por un gobierno mundial —dijo el sacerdote.

Priscila y Ray se quedaron muy sorprendidos.

—¿Cómo era posible que conociendo las profecías del fin de los tiempos, la jerarquía católica abogara por un gobierno mundial? —preguntó Priscila.

—Ya les dije que cada vez hay más personas en los altos cargos eclesiásticos que están en esos lugares para favorecer el fin de los tiempos, pero no únicamente en la Iglesia Católica, también en otras muchas. Esa es la Iglesia apóstata de la que surgirá el falso profeta.

—¿Quién es el falso profeta? —preguntó Ray.

Antes de que pudieran responder a la pregunta, alguien llamó a la puerta. Los dos agentes se miraron extrañados. Ray sacó su arma y preguntó antes de abrir:

—¿Quién es? Por favor no me moleste.

—Somos la policía metropolitana de Boston, estamos buscando al padre Philip —dijo una voz al otro lado.

—¿Por qué le buscan? —preguntó Ray.

—Está acusado del asesinato de tres sacerdotes. Hemos encontrado en su cuarto

en la rectoría de la iglesia de Saint Stephen pruebas de que fue él quien les administró una droga que volvió locos a los tres sacerdotes produciéndoles la muerte. Por favor, ¿puede abrir? De lo contrario lo tomaré como obstrucción a la justicia.

Ray hizo un gesto a Priscila y ella se encogió de hombros. En cuanto la puerta se abrió, media docena de policías especiales de la ciudad entraron en la habitación, ante la mirada atónita del padre Philip.

## Capítulo 12

—NO pueden llevarse al padre Philip, es un testigo protegido —dijo Ray.

—Lo lamento, pero el caso es de la policía metropolitana de Boston; además no es un testigo, el fiscal le acusa del asesinato de tres personas —dijo el oficial de policía al mando.

—Nosotros tenemos... —comenzó a contar Ray, pero Priscila le agarró del brazo.

—Deja que se lo lleven —dijo la agente.

El sacerdote miró atónito a la joven, después dos policías le tomaron por los brazos y le sacaron de la habitación. Priscila se dirigió al oficial con el ceño fruncido y le dijo:

—Lo único que le pido es que si en algún momento le liberan, nos informen previamente.

—No se preocupe, la llamaré —dijo el oficial tomando la tarjeta de visita que la mujer le ofrecía.

En cuanto los policías cerraron la puerta, Ray se giró hacia su compañera con la cara enrojecida.

—¿Por qué no me has dejado que les enseñáramos la grabación de la muerte de Anthony? Eso hubiera exculpado por completo al padre Philip —dijo Ray enfurecido.

—Está más seguro dentro de la cárcel. De otra manera, nosotros tendríamos que haberle protegido, y ahora tenemos las manos libres para desenmascarar al arzobispo —dijo Priscila.

—Y se puede saber, ¿cómo lo vamos a hacer?

—¿Cuál es la manera de pescar un pez? —preguntó Priscila.

—No soy pescador, pero imagino que con un buen anzuelo —dijo Ray.

—Pues aquí estás viendo al mejor anzuelo del mundo —dijo la joven posando delante de su compañero.

Los dos se echaron a reír, aunque sabían que lo que estaban a punto de hacer era extremadamente peligroso.

## Capítulo 13



MUCHAS veces las trampas terminan cazando a los cazadores, Priscila lo sabía, pero estaba dispuesta a arriesgarse. En la academia le habían enseñado que, en muchas ocasiones, los señuelos son la única manera de cazar a las presas más difíciles, pero convertirse ella misma en señuelo, y de forma voluntaria, era lo último que había pensado hacer nunca.

Antes de salir del hotel y concertar una nueva cita con el arzobispo, se había cambiado de ropa. No estaba de más intentar desviar la atención de su enemigo del verdadero objetivo. Aunque antes tenía que conseguir que el arzobispo creyera la excusa para que los dos se volvieran a reunir. Priscila jugaba con la baza de que el arzobispo sabía que el padre Philip estaba detenido, lo que podía hacerle suponer que ella había cambiado de opinión por eso.

Tras una breve charla telefónica, la joven pidió de nuevo un taxi, aunque en esta ocasión sabía que Ray estaría esperándole justamente enfrente de la rectoría.

Cuando llegó frente al edificio era de noche. Una lluvia intensa tapaba en parte la inmensa fachada de piedra, y la calle estaba completamente desierta. Mientras llamaba al timbre, Priscila no pudo evitar un ligero escalofrío, aunque al principio lo achacó a la lluvia y a su ligero vestido negro. Le abrió el mismo hombre con cara de bulldog y cuerpo gigantesco, pero esta vez no la llevó a la segunda planta ni al despacho del arzobispo; la condujo a un gran salón decorado con muebles oscuros, cortinas de terciopelo y una gran mesa. El arzobispo la esperaba sentado a la mesa, con la cena lista para ser servida. Cuando entró, se puso en pie y le retiró la silla.

—Disculpe que haya preparado una cena para usted, me imagino que las emociones del día la han dejado exhausta.

—Es muy amable —dijo Priscila algo nerviosa.

—He escogido los platos por usted, pero espero haber acertado —dijo el arzobispo ayudándole a sentarse.

—Muchas gracias por recibirme de nuevo —dijo la agente.

—Sabía que volvería —dijo el arzobispo, y la forma de pronunciar cada sílaba alteró aun más a la joven.

—Sí, imagino que...

—Pero será mejor que comencemos con un brindis. ¿No le parece?

—Como desee —dijo la agente.

El arzobispo levantó la copa y sus ojos brillaron a la luz de las velas. Después, sonriente dijo:

—Por una vida larga y feliz, en la que lo único que importe sea descubrir el gran misterio de la existencia, el descubrimiento oculto durante siglos: nuestra inmortalidad.

Las copas chocaron y Priscila se lo pensó unos segundos antes de probar el vino. No quería perder el control de sus actos, pero sabía que si no jugaba a ese juego mortal, su presa se escaparía para siempre.

Si el padre Philip estaba en lo cierto, aquella era la cena más inquietante de su vida; no estaba cenando únicamente con un príncipe de la Iglesia, estaba haciéndolo con el falso profeta, aquel que presentaría al mundo a la figura más destructiva e inhumana que haya conocido la humanidad: el Anticristo.

## Capítulo 14



RAY observaba el edificio de la rectoría al otro lado de la calle. No parecía que hubiera mucha luz en las ventanas inferiores, apenas un par de ellas se encontraban iluminadas. En las superiores toda la planta permanecía apagada. Tras unos minutos enfrente de la puerta, el agente comprobó que una mujer mayor y dos hombres orientales abandonaban el edificio, como si el arzobispo hubiera optado por dar la noche libre a todos sus empleados. El agente miró inquieto su reloj, había dado a su compañera algo más de dos horas para encontrar las pruebas que inculparan al arzobispo. Priscila quería grabar en su iPhone parte de la conversación, pero él no creía que aquel hombre fuera tan fácil de convencer.

Hacía unos años se había encontrado en una situación similar. Su compañera Mary Swiff tenía que hacerse pasar por una drogodependiente en una peligrosa secta religiosa. El plan era que pasadas veinticuatro horas de seguimiento, cuando tuvieran pruebas suficientes para detener al líder del grupo, entraría todo el equipo del FBI. Ray recordaba aquel episodio con tristeza. Cuando entraron a sacar a la chica, ella había sido brutalmente violada, mutilada y después asesinada. Ser el cebo de un loco psicópata no era ninguna broma.

Ray volvió a mirar el teléfono, apenas habían pasado un par de minutos, y entonces tomó la decisión de entrar en el edificio. Una iglesia, con varios edificios anexos no sería tan difícil de asaltar. Estudió el edificio por encima y al final decidió entrar por la capilla principal; parecía lo más sencillo.

Cuando Ray se acercó al gran portalón, simplemente empujó la pesada hoja de madera y esta cedió sin dificultad. Se estaba oficiando una misa, eran las nueve de la noche. Se sentó unos instantes en la última fila, mientras observaba las capillas laterales y las posibles comunicaciones con la rectoría. Unos minutos más tarde, ya había logrado crear un plan en su cabeza.

## Capítulo 15



LO que más le molestaba a Priscila era lo a gusto que se sentía en la presencia del arzobispo en cuanto él comenzaba a hablar. Era un hombre atractivo, podía ser encantador cuando se lo proponía, y su tono era completamente seductor. El arzobispo evitó en todo momento ir directo al grano. No le hizo ninguna pregunta sobre su repentino cambio de actitud, como si en el fondo no le importara.

—No sabía que se estudiaban esas cosas en criminología, lo cierto es que siempre me apasionó el estudio del mal. Ya sabe, el mal y su origen han sido siempre un misterio para el ser humano —dijo el arzobispo.

—Sin duda, Excelencia —comentó Priscila.

—Puedes llamarme Samuel, creo que ya hemos entrado en confianza.

—De acuerdo —dijo Priscila un poco recelosa. No quería entrar en demasiada confianza, sobre todo hasta que él confesara.

La agente jugueteaba por debajo de la mesa con su iPhone, mientras que con la otra comía la sabrosa cena que les habían preparado. Un sopa de mariscos, un buen pescado y después un succulento postre que ya descansaba sobre la larga mesa. Desde hacía más de media hora nadie del servicio había entrado en el salón, lo que hacía temer a Priscila que estaban completamente solos.

—El estudio de la ponerología siempre me ha apasionado. Descubrir el origen de la maldad y de los conceptos perversos, aunque en los últimos años las fronteras entre el bien y el mal se han estrechado tanto, que podríamos decir que casi todo lo que hace unos años se consideraba malo, ahora se considera aceptable y hasta bueno —comentó el arzobispo.

—La ponerología es fundamental para entender la mente criminal. De hecho, las mentes criminales tienen una concepción del bien y del mal completamente distinta a la nuestra, como si para ellos hubiera reglas diferentes que apenas alteran a su conciencia o sentimiento de culpa —contestó Priscila.

—Lo que no me gusta tanto es que ahora la maldad se trata como enfermedad. Tal

vez sea por el miedo a la maldad misma —dijo el arzobispo.

—El problema está en que si aceptamos el mal, tendríamos que aceptar el bien, y la mayoría de las personas no están dispuestas a aceptar el bien —dijo la agente.

—¿Ha leído los estudios de Lobaczewski? —preguntó el Arzobispo.

—Lo estudié en la universidad, pero no he podido leer ninguna de sus obras —contestó Priscila.

—Seguro que le interesaría para su trabajo. Lobaczewski investigó el comportamiento de los individuos en los casos de guerra de agresión, genocidio, limpieza étnica y los estados totalitarios. Al parecer, el profesor polaco utilizó el término teológico que usaban los griegos para estudiar el mal. Lo más interesante de este autor es que piensa que un solo hombre puede cambiar enteramente la opinión de un país sobre un tema concreto —dijo el arzobispo.

—Eso ya ocurrió con el nazismo —dijo la agente.

—También con el comunismo. Líderes que son capaces de cambiar la voluntad de todo un pueblo —dijo el arzobispo.

—Creo que el profesor lo llama patocracia, cuando un grupo de psicópatas toman el poder y manipulan la realidad, para que la sociedad acepte cosas que hasta ese momento creía abominables —dijo Priscila.

—Exacto, lo que no me gusta del profesor es que cree que esos líderes son enfermos. ¿Quién puede determinar qué es la salud y la enfermedad, la locura y la cordura?

—¿Un psiquiatra? —preguntó en broma la agente.

El rostro del arzobispo se transformó de repente. No soportaba que se burlaran de un tema como aquel.

—¿Le parece gracioso el tema del mal? ¿Desea ver su verdadero rostro, agente? —preguntó el arzobispo con los ojos desorbitados.

Priscila se amedrentó. Una presencia maligna parecía moverse por la habitación, pero únicamente se hacía patente cuando el arzobispo quería que se manifestara.

—El mal no me parece gracioso. He decidido dedicar mi vida a combatirlo. Lo que sí me parece gracioso es que unas personas, que para mí son dementes, logren controlar a toda una sociedad. Eso dice muy poco a favor del ser humano, ¿no cree? —dijo Priscila.

—Son como ovejas que no tienen pastor —dijo el obispo parafraseando las palabras de Jesús, pero en su boca sonaban como una blasfemia.

—Aunque yo creo que la mayoría de la gente desea hacer el bien, si bien hacer el mal es más provechoso y a veces les seduce —dijo la agente.

—Hacer el mal es un arte. Todo el mundo se siente capaz de hacer el mal, pero la mayoría no son más que pequeños arañazos en la arena. Hacer el mal con mayúsculas, únicamente lo han podido hacer unos pocos: Hitler, Nerón, Lenin...

Mientras hablaba, el rostro del arzobispo se iluminaba, como si al pronunciar su sucio discurso su verdadera esencia se viera por fin libre.

—Yo cazo a pequeños peces, no sé nada de pescados de ese tamaño —dijo Priscila.

—Aunque desconozco si estarás de acuerdo conmigo —dijo el arzobispo, volviendo a tutearla—, lo verdaderamente grande no es descubrir los accidentes, sino la verdadera causa. El origen mismo del mal —dijo el arzobispo.

—La mente humana es el origen del mal —comentó Priscila.

—¿Estás segura de eso? La mente es, diríamos, el receptáculo en el que el mal abstracto toma forma —dijo el arzobispo.

—Ahora me dirá que el origen del mal es el diablo —comentó Priscila, que al pronunciar aquel nombre sintió de nuevo aquella opresión que había experimentado muchas veces.

El arzobispo se puso en pie y sirvió el postre a su invitada. Después volvió a sentarse. Su impecable traje negro de seda brillaba a la luz de las velas.

—Ya habló de ello el querido San Agustín: Si Dios es bueno, ¿de dónde procede el mal? La aporía del conocimiento divino del mal. Puede que el único que conozca el secreto sea Dios. Incluso, qué divertido sería que Dios fuera el mal —dijo el arzobispo entre risas.

Priscila tenía que comenzar a preguntarle directamente sobre los sacerdotes muertos, el arzobispo llevaba cuatro copas de vino y la agente temía qué podría hacer si terminaba una quinta copa.

## Capítulo 16



RAY se levantó despacio antes de que la misa terminara y se acercó al lateral derecho, como si observara los altares que adornaban las paredes. Caminó lentamente hasta ver lo que parecía la puerta de la sacristía. Miró a un lado y al otro, después abrió con cuidado, con temor a que la puerta chirriase, pero no lo hizo. La luz estaba apagada, pero a tientas por la pared logró encontrar el interruptor. En la habitación había unos grandes armarios, en los que se guardaba la ropa de los oficios religiosos, una mesa con cuatro sillas y una vitrina con algunos ornamentos sagrados. Ray buscó una sotana de su talla y se la puso sobre la camisa, después de quitarse la chaqueta de su traje.

Tras mirarse brevemente en el espejo, el agente buscó otra salida. Era muy peligroso volver a la capilla; afortunadamente había una puerta, que por un largo pasillo llevaba hasta una especie de recibidor en el que había dos puertas y una escalera. Intentó recordar en qué lugar quedaba la rectoría. Si sus cálculos no fallaban, estaba justamente en la puerta del fondo. Se acercó al picaporte, lo giró levemente, pero estaba cerrado.

—Maldita sea —dijo en tono bajo. Después se agachó y comprobó la cerradura, no parecía muy complicada de abrir. Sacó una ganzúa y comenzó a hurgar un rato.

La puerta se resistía, en cualquier momento podía aparecer alguien por el pasillo y entonces estaría en un verdadero apuro. Miró la hora en su reloj, habían pasado casi dos horas. Tenía que llegar hasta Priscila cuanto antes, el tiempo se estaba agotando.

## Capítulo 17



EL arzobispo terminó su postre, se limpió los labios con la servilleta y miró a la agente. Aquello habría parecido una tranquila velada romántica si aquel hombre no hubiera sido un sacerdote y ella una agente del FBI deseando darle caza, aunque el tema de la sobremesa se alejaba mucho de ser el típico de una pareja de enamorados.

—Dicen que para convertirse en cardenal o arzobispo, un hombre tiene que ser muy ambicioso —dijo Priscila.

—La ambición es legítima, lo ilegítimo es la codicia —dijo el arzobispo.

—Me pregunto si un sacerdote común hubiera llegado tan alto en tan poco tiempo —dijo la agente.

—Si crees que mis padres y su fortuna han tenido algo que ver, estás muy equivocada. Es mi fe y las señales que hago las que me han llevado donde estoy —dijo el arzobispo.

—¿Qué pensaba de los sacerdotes muertos? —preguntó Priscila.

—Creía que venías a mí para poder salvar a tu madre. Me temo que la codiciosa en este salón eres tú —dijo el arzobispo, sonriendo ligeramente.

—Es simple curiosidad —comentó Priscila, intentando disimular su temor. Después apretó el botón para grabar con el iPhone.

El arzobispo se puso en pie y ella dejó el teléfono sobre el bolso, aunque oculto por el mantel.

—¿Qué harías si supieras que a tu madre le queda menos de un mes de vida? —preguntó el arzobispo.

La mente de Priscila se bloqueó; sabía que él la estaba manipulando, pero también era consciente de que su madre tenía cáncer, como él le había contado unas horas antes.

—Haría cualquier cosa por salvarla —dijo la agente.

—¿Cualquier cosa? —preguntó el arzobispo colocándose detrás de ella.

Priscila respiró hondo, no podía rendirse ahora. Él no era capaz de sanar a su

madre, no poseía tanto poder.

—Te lo contó todo tu tía, ¿verdad?

¿Cómo podía saberlo?, pensó la agente; aquel hombre no parecía humano.

—Si es usted tan poderoso, ¿por qué mató a esos hombres? —preguntó Priscila, intentándolo por última vez.

—Yo no lo hice, creo que han detenido al padre Philip acusado de esos crímenes —dijo enfadado el arzobispo.

—Pero sabe también como yo que el padre Philip es inocente.

—La justicia se ocupa de esas cosas. No me importa lo que suceda con este caso, todavía no has entendido que estoy predestinado a ser lo que soy y que nadie puede interponerse, hasta Él lo permitirá —dijo señalando arriba.

La agente temblaba, la fuerza maligna que había percibido antes ahora se movía con fuerza alrededor de la mesa, casi podía tocarla con las manos, pensó Priscila.

—¿Los mató? —insistió Priscila, haciendo un verdadero esfuerzo para no levantarse de la silla y salir corriendo.

—¿Quieres salvar a tu madre o quieres salvar al mundo? —preguntó el arzobispo fuera de sí, como si todos los demonios de la tierra se movieran en sus entrañas. Entonces se fue la luz.

## Capítulo 18



RAY apagó las luces de la casa. Siempre había confiado más en acertar a un bulto en medio de la oscuridad que a un blanco claro y definido. Sus ojos negros se adaptaban muy bien a la penumbra, como si tuviera vista de gato. Había logrado traspasar la puerta y acercarse a lo que parecía una escalera, pero unos segundos más tarde percibió que algo iba mal. No estaba solo en la oscuridad.

Lo primero que notó fue un fuerte olor a sudor seco y añejo, después un aliento fétido que le llegó a dar ganas de vomitar, y por último la ligera brisa que hace un cuerpo en movimiento.

Ray se agachó a tiempo, ya que algo golpeó la pared e hizo añicos el espejo que había colgado junto a la puerta. El estruendo se extendió por la casa silenciosa.

—¿Estás jugando al béisbol? —preguntó Ray a la sombra.

Por respuesta obtuvo un gruñido y un nuevo movimiento que le pasó rozando las piernas.

Ray midió la distancia que le separaba de aquella especie de monstruo, se lanzó sobre él y consiguió derribarlo, al tiempo que los dos cuerpos producían un verdadero estruendo sobre el piso de madera.

—¿Fuiste tú el que mataste a mi amigo? ¿Verdad? —preguntó Ray, mientras no dejaba de golpear con los puños aquel rostro seboso, que apenas se intuía en la oscuridad.

Los quejidos de aquella mole comenzaron a crecer, hasta que con una fuerza descomunal, el espectro se levantó del piso y lanzó a Ray al otro lado del recibidor.

## Capítulo 19

CUANDO se fue la luz, Priscila se lanzó al piso instintivamente; no llevaba arma, pero aferró su teléfono como si fuera un cuchillo, después se arrastró unos segundos hasta escuchar el primer golpe. La agente se estremeció. Sin duda Ray estaba dentro de la casa, aunque temía que no estuviera precisamente en condiciones de ir a rescatarla.

—No te escondas, realmente no puedes ocultarte en ninguna parte, pero no tienes nada que temer de mí. ¿Crees que te haré daño? No seas ingenua, eres tú la que has acudido a mí —dijo el arzobispo.

—Usted ha matado a esos sacerdotes, sé quién es usted y cuál es su misión —dijo la agente con voz temblorosa.

—Lo importante es lo que puedes demostrar, no lo que creas saber —contestó el arzobispo.

—Detendremos sus planes —dijo Priscila.

—Mis planes, ¿qué planes? Lo único que quería era ayudarte con tu madre enferma, pero veo que no te importa.

En ese momento, el ayudante del arzobispo abrió la puerta. Las velas gastadas apenas iluminaban la estancia. Sobre su espalda cargaba el cuerpo de un hombre. Lo soltó de golpe en la mesa del salón y preguntó a su amo:

—He encontrado un intruso, ¿qué ordenáis que haga con él?

—¿Un intruso? Llama a la policía, creo que tendrá que explicar a los agentes qué hacía dentro del edificio —dijo el arzobispo—, a no ser que Priscila y su amigo se marchen voluntariamente.

El ayudante abandonó la sala y encendió las luces. La mirada de la joven se cruzó con la del arzobispo por unos instantes. Sus ojos fríos la intimidaban.

—No tienen nada en mi contra. Salgan de la iglesia antes de cinco minutos o les acusaré de allanamiento de morada y pediré a sus superiores que les expulsen del cuerpo. No siempre triunfa el bien, ¿verdad, agente?

—Buscaremos la manera de culparle —dijo Priscila.

—Dé saludos a su madre, espero que cuando se encuentre con Dios sea más benevolente en la muerte con ella de lo que fue en vida —dijo el arzobispo con una sonrisa.

Priscila ayudó a su compañero a ponerse en pie. Salieron del salón lentamente, el cuerpo de Ray era muy pesado y apenas podía sostenerle. Cuando el asistente les abrió la puerta, el frescor de la calle les despejó un poco, como si despertaran de un mal sueño. Aunque lo que habían vivido era muy real, se habían enfrentado al mal en su estado puro y al menos, por ahora, seguían con vida.

## Epílogo



CUANDO el doctor salió de la habitación, el rostro de Priscila se marchitó por unos instantes. El médico se detuvo delante de ella, y mirándola a los ojos negó con la cabeza.

—Pero ¿no ha servido de nada el tratamiento?

—No; de hecho, en las últimas semanas ha tenido un empeoramiento repentino —dijo el médico.

—¿A qué se debe? —preguntó angustiada Priscila.

—En medicina no todo es exacto, cada cuerpo reacciona de manera diferente.

—Entiendo —dijo Priscila agachando la cabeza.

—Lo siento —dijo el doctor muy serio.

Cuando se quedó sola, esperó unos minutos hasta serenarse, antes de volver a entrar en la habitación. Ensayó una sonrisa y cruzó la puerta con un nudo en la garganta. Su madre yacía en la cama, su cara demacrada apenas sobresalía de la almohada.

—¿Qué te dijo el médico? —le preguntó en cuanto la vio entrar por la puerta.

—Estás mejor, únicamente hay que esperar un poco más —mintió Priscila.

—No me engañes, hija.

—Estás bien, ten un poco más de paciencia —dijo Priscila sentándose al lado de su madre y acariciando su cabeza tapada con un pañuelo, mientras comenzaba a cantar una canción para que su madre se relajara.

Aunque su mente estaba muy lejos de allí, dándole vueltas a las palabras del arzobispo. Por un instante, tuvo la tentación de telefonear a aquel hombre y suplicarle por la vida de su madre, pero al final optó por suplicar en su interior a ese Dios al que sentía tan lejano que se apiadara de su alma.



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, España. 23 de junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000.

Es director de la revista Historia para el Debate Digital, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *la Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas.

También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009). Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.